

Eliza Vive

Nora Gambel



Elisa Vive

Nora Gambel

©2016 Nora Gambel

Todos los derechos reservados.

Diseño de Portada: Lo Patterson

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada en un sistema informático, o transmitido de cualquier forma, o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

A todas aquellas personas que han creído en mí.

Una mañana más Elisa se mira al espejo. Aparentemente nada ha cambiado, ni siquiera su actitud que sigue siendo la de mentir, tapar las heridas que cada vez más parecen cicatrices pero que siguen doliendo. Echa la vista atrás sin poder evitarlo y siente en su piel cada bofetada, cada puñetazo encajado en silencio y viaja al mismo rincón de siempre, a sentirse humillada y ultrajada con el único apoyo de la pared a sus espaldas.

Cabecea lamentándose de su debilidad porque todavía siente algo por dentro. No quiere sentir esa dependencia hacia su maltratador, no quiere volver a creer las promesas que se las lleva el viento o el alcohol, pero no se atreve a poner un pie fuera de la casa que comparten. Por eso, para ella este es su momento de paz y lo aprovecha. Reza porque la rutina de él se mantenga intacta y no vuelva antes de que a ella le dé tiempo a salir a comprar al mercado y tener a punto en la mesa su comida.

Así que se maquilla a toda prisa para disimular el moratón de su pómulo, aunque sienta el resto del cuerpo dolorido después de su última visita al hospital. Allí todo el personal sanitario la recibe con los brazos abiertos y no le hacen reproches, ya se han cansado de que Elisa niegue que su marido le pega aunque es evidente, pero si no pide ayuda nada se puede hacer por ella. Solo rezar para que no llegue el momento en que den el aviso para confirmar la hora de su partida.

Ella decide, tras recordar el cariño que recibe durante sus etapas hospitalizada, que es hora de salir. Hoy muestra su mejor sonrisa a las vecinas, se alegra de volver a verlas con sinceridad pero, sin embargo, no les pregunta por la comunión de las gemelas del quinto, ni por cómo ha sido la inauguración de la tienda de ultramarinos, si alguien se lo cuenta a él sus gritos volverán a retumbar sus oídos y si la madre que lo parió le ha servido una cerveza, puede que le enfaden tanto las equivocaciones de Elisa que saque el cinturón de su pantalón de pinza, siempre con un planchado perfecto, y decida emplearlo en su amoratada piel para que aprenda. No debe darle disgustos. Debe ser una buena esposa, si lo fuera, él no tendría que enfadarse con ella. Así que tras un saludo sincero se dirige al supermercado a la carrera, después de comprar todavía tiene mucho que limpiar en casa.

Aunque ella no da explicaciones ni llora sus penas con nadie, todos saben qué ocurre tras las puertas de la casa de Elisa. Y hasta la vecina que tiene su vivienda justo delante de ellos se estremece con los golpes de cinturón que se escuchan a través de las paredes. Luego todo queda en silencio, a excepción de algún sollozo que no puede controlar. Y la vecina por dentro lamenta la vida que le ha tocado a esa mujer callada, con una nula autoestima y con más maquillaje del aconsejable para poder esconder los cortes y hematomas que su marido le regala en cada aniversario, después de forzarla si ella se niega a complacerle. Lamentablemente, ya no importa que no sea una fecha señalada, cualquier excusa es buena para enseñarle su descontento, para mostrarle quién manda.

Elisa, de vuelta a su casa comprueba la lista para tener la certeza de que no ha olvidado nada, él ya le dice que todo lo hace mal, que no pone cuidado en que su comida esté al gusto, pero es verdad. Se siente torpe y merecedora de cada uno de sus castigos y débil por no poder aceptarlos con resignación. Se pregunta si algún día dolerán menos y podrá permitir que la flagele sin rebelarse, aunque últimamente ya no le quedan fuerzas para luchar, solo reza para que terminen y su alivio es pensar que con cada golpe recibido, falta uno menos para que llegue el final.

Se siente feliz por haber concluido su tarea con éxito y por momentos a sus pupilas vuelve el brillo de antaño, casi como cuando eran novios y ella se sentía la mujer más dichosa del mundo. Coloca la compra y entre las verduras encuentra una nota. No alcanza a comprender qué puede significar aquello pero se decide, con temor a ser descubierta, por abrir el pequeño sobrecito y descubrir qué guarda en su interior.

“No escondas tu dolor. Tú no has hecho nada malo”.

De inmediato, sin pararse a pensar quien puede querer darle ese mensaje, lo hace trizas y esconde en un lateral del cubo de la basura el papel roto en mil pedazos. Elisa prefiere obviar las palabras del desconocido que trata de abrirle los ojos, pero es mucho mejor seguir como siempre, obedecer como una autómatas sin ilusiones, ni sueños ni aspiraciones. Solo le queda comportarse como la esposa abnegada que aguarda en casa para servir a su déspota marido.

Luis regresa, como presentía Elisa con más de una cerveza en el cuerpo a costa su idolatrada madre, la misma que lo consintió y lo ha convertido en ese hombre que ha de imponerse aún dominando y escondiendo la personalidad de su bella y amante esposa.

—¡E! —Grita desde la puerta para que corra como siempre a arrodillarse ante él para colocarle en los pies las zapatillas de andar por casa. Ha acertado su nombre hasta reducirlo a su inicial y ella siente que ya no merece ni el nombre con el que la bautizaron—. ¿Has hecho de comer? —Pregunta con desdén y sin dirigirle ni una leve mirada como si no valiera ni que reparara en su existencia.

—Sí —responde con esperanza en la voz, sus pupilas se iluminan por poder ser útil para él en sus labores domésticas.

—Tíralo a la basura. No será una gran pérdida porque ni para cocinar sirves —vuelve a recriminarle y ella a sentirse inferior a la alfombra que viste el suelo—. ¿Por qué está el bolso colgado de la silla de la cocina? —pregunta él que no soporta el desorden ni los descuidos.

Ella se estremece por completo. Teme su reacción cuando deba confesarle que va a visitar a su madre que está sufriendo recaídas de la depresión por la muerte de su padre.

—Pensaba salir a ver a mi madre —dice y se cubre instintivamente la cabeza.

—¡Pensabas, pensabas! No pienses tanto, las mujeres no servís para ello.

Con esa afirmación tiene suficiente Elisa para saber que hoy no podrá visitar a su madre, y que de nuevo deberá hacerlo a escondidas exponiéndose a una paliza si descubre su desobediencia. Recoge el bolso y el abrigo en la percha, y escondiéndose en la despensa, se deja caer sobre el frío parqué para desahogar su llanto.

Ya no siente miedo, pero sí asco. De su cuerpo magullado, con las marcas de sus dedos, con el olor de sus fluidos cuando desoye sus súplicas y mancilla su dignidad.

Desde hace tiempo ha perdido la esperanza de escapar, quizás al principio se lo planteaba, pero ahora ya no. Todo lo que sucede es producto de su incompetencia, de su dejadez y de lo gorda que se está poniendo aunque la báscula se dedica a restar gramos.

Inmersa en sus pensamientos y sintiéndose presa del infierno a cada segundo, como si los recuerdos que posee fueran más muestras del miedo, regresa de nuevo a comprar. Como una autómatas, en el carro lanza los alimentos, ya que sabe de memoria dónde se encuentran. Y por inercia, siempre escoge la misma caja para que le cobren. La voz del muchacho que le pide la tarjeta para los descuentos y le informa del precio, suenan como voces lejanas hasta que nota la presión de alguien en su brazo y se estremece abrumada por el contacto. Como si le quemara se aparta de inmediato.

—Señora —la detiene el encargado del supermercado—, se deja esto.

Ella contrariada por la sonrisa que le ha ofrecido y el acercamiento del muchacho sale despavorida, sin reparar en el sobre que ha depositado en su mano, hasta minutos después cuando se calma, dispuesta a dejar de soñar con la atención de alguien.

“No necesitas maquillarte para que te diga lo preciosa que eres. Debajo de esos golpes sigues siendo la criatura más maravillosa que nunca haya visto”.

Se le ocurre pensar que soñar es bonito pero la realidad es que nadie puede enamorarse de alguien que no sabe cocinar, ni limpiar, ni hacer una cama en condiciones. Una mujer que siente repulsa hacia el sexo opuesto y que solo sabe llorar. Así que regresa a lo que alguna vez llamó hogar, cuelga su ropa de calle y se viste con la bata casi transparente por el desgaste lista para preparar la comida, aunque últimamente Luis no la acompaña nunca a comer y prefiere compartir con cualquiera los momentos de sobremesa antes que con ella y no se siente sola ni vacía, disfruta de la paz que él le ofrece pues ahora cuando está a su lado solo le dedica berridos y bofetones sin un motivo aparente. Es como si respirar fuera suficiente para incendiarlo y él disfruta con cada agresión, su sonrisa y la ausencia de disculpas lo corrobora.

Desde hace un tiempo sale al mercado con frecuencia para traerse a casa esas notas que le hacen sentirse por instantes mejor. Apenas gasta en productos y además, su marido tampoco le permite administrar un solo céntimo. Blanca, su vecina, que ve sus sonrojos le da un euro diario para que compre un cartón de

leche y ella colecciona las notas positivas y de amor que un desconocido cuela a diario en su compra. Desde que Luis solo pisa la casa para cambiarse de ropa y ducharse a días alternos y ella ha recibido las palabras escritas como el oxígeno para su alma desgarrada, por lo que comienza a tomar distancia, a soñar con otra vida diferente.

“Verte atravesar la puerta todas las mañanas es como un soplo de aire, ¿de verdad no eres un sueño y sigo en mi cama?”.

“No necesito saber tu nombre, ni tu apellido. Porque tus ojos ya me cuentan todo lo que necesito”.

Luis la sorprende esta vez presentándose en casa sin previo aviso. Ella sonrío ajena a su llegada como si todo lo malo se hubiera borrado de su cabeza y su corazón, pero él descubre sus más íntimos secretos agitando entre sus manos las notas de esperanza y anhelo que ha estado recibiendo desde hace algún tiempo, sin remitente y a hurtadillas como si fuera un atrevimiento imperdonable.

—¿Por eso sonrías? —Pregunta burlándose de su dicha.

—Dame eso —pide ceñuda Elisa que no ve divertido que su marido tenga en su poder esas notas que solo le pertenecen a ella.

Nada más terminar de pronunciar sus palabras, siente temblar su cuerpo creyendo que ha firmado su sentencia de muerte al atreverse a plantarle cara tratando de recuperar sus notas. Una precavida Blanca, que ha escuchado a Luis lanzando objetos por el suelo, toma la precaución de avisar al amable cajero del supermercado que parece siempre tan interesado en la vida de Elisa. Él ha de saber cómo detener a esa bestia. Blanca se pregunta callada y cabizbaja si no consigue salvarla si podrá dormir otra noche más con el sonido de insultos y vejaciones que luego provocan las pesadillas de las que despierta empapada en sudor. Por dentro trata de recordar todas las oraciones que aprendió siendo una niña en la iglesia, antes de enfrentarse a la respuesta del que podría ayudar a su amiga.

Por la puerta él observa a la mujer con cara de circunstancias y teme la peor desgracia posible.

—Es Elisa. Necesita ayuda.

No es necesario seguir hablando. Sin cambiarse de ropa ni pedir permiso para ausentarse, él sigue a Blanca tirando de su brazo, apremiándola a llegar hasta la vivienda y poder socorrerla.

Mientras tanto, Luis de nuevo con el cinturón en su mano diestra se relame por la satisfacción de darle su merecido, pero los golpes en la puerta detienen la tortura que no ha dado comienzo todavía.

—¡Abre ahora mismo! La policía viene de camino —Amenaza el chico esperando que con esa advertencia él decida huir asustado y se olvide de ponerle una mano encima.

Luis abre sin temer nada, creyéndose por encima de la ley y de cualquier otro que pueda poner fin a su reinado de terror y malos tratos. Quiere conocer al hombre

que intuye trata de seducir a Elisa, a pesar de que su mujer ya no le interese en lo más mínimo, la considera de su propiedad. Cuando abre se dedica a observar con sorna a la persona que tiene delante. No teme que Elisa se esté enamorando de una buena persona, o que él sí pueda enseñarle a amarse y a ser feliz, son demasiado diferentes y está seguro de que nunca lo va a abandonar, él es su dueño y ella le debe fidelidad y respeto, le debe todo lo que es, al menos así lo cree.

—¿Cuántos coches van a reducirme? ¿10,20? —Estalla en carcajadas pero decide callarse al ver que su broma no gusta a nadie.

Ricardo, el marido de Blanca, hastiado de ver sufrir a su esposa noche tras noche, darse cuenta de cómo piensa y tratar de trazar planes para salvarla de su agresor, le ha propuesto a la vecina y ya amiga de Elisa, vender su vivienda y mudarse lejos de allí, dónde no pueda afectarles la situación por más tiempo. Pero ella no puede seguir tapándose los oídos y callando, por eso aparta con todas sus fuerzas a Luis, que sin tiempo a reaccionar se tambalea y su cuerpo no le obedece permitiendo que la mujer corra a cobijar en sus brazos a la temerosa Elisa.

—Ya ha pasado todo, cariño —le dice con afecto y con mucha dulzura en la voz, por dentro también tiene miedo a las represalias que pueda tomar ese hombre. Aun así la sujeta como si temiera que se escapara, que si se separaran les esperara la derrota y acaricia su cabello con ternura.

Las lágrimas de Elisa brotan sin control, ¡cuánto ha necesitado el calor de alguien todo este tiempo! Siempre privándole de sus amigos, de su familia y de cualquier contacto con la realidad para que sola y con su autoestima desaparecida le obedeciera y se creyera con menos valor que una cucaracha, esa que se había empeñado en aplastar sin temor ni compasión.

—Acompáñame a interponer una denuncia Blanca. No quiero que me fallen las fuerzas —solicita a su amiga que la lleva del brazo hasta la salida. Este pretende obstaculizar el paso para evitar que la justicia se lo lleve detenido pero ahora Elisa no está sola, y el cajero le dedica una sonrisa que ella reconoce como una señal de que todo irá bien. Las defiende evitando llegar a las manos, dando una clara muestra de que los golpes no son ni serán nunca más el recurso que una persona debe tomar. No quiere que el comienzo con Elisa sea un recuerdo con más violencia.

El enamorado secreto de Elisa, cada vez menos oculto, decide ofrecerle su propio espacio, permitiendo que ella libere sus propias batallas y venza a sus demonios de la mano de su amiga. No es sencillo volver a sentir que es una persona capaz, valiosa y con ánimos para dejar atrás al hombre que creía amar y pensó que la amaba, por eso vuelve a la tienda a seguir atendiendo a los clientes con sus compras. Tiene la ilusión de que tarde o temprano Elisa volverá a por su cartón de leche y él pueda poner tal vez el café o unas pastas.

Las semanas transcurren vacías sin las sonrisas que ella le dedicaba, pero ha de admitir que quizás por el momento Elisa no piense en volver a enamorarse. Ahora

necesita saber que no precisa de nadie para lograr lo que se proponga, tampoco ha vuelto a ver por el barrio a Luis y eso le inquieta. ¿Habrà vuelto ella bajo su látigo? Podría soportar su ausencia si supiera que ese mal hombre no está a su lado.

Elisa ha luchado con garras y dientes durante meses para lograr que un juez firme una orden de alejamiento en contra de su marido con las declaraciones de varios testigos que presenciaron o intuyeron su infierno e informes médicos de las cuantiosas agresiones recibidas y ahora está esperando que él firme la separación para cerrar este ciclo que quisiera olvidar. Son muchas las noches que despierta llorando en su cama porque sueña con las palizas que su ex le propinaba y por momentos se ve incapaz de salir a la calle, pero sus amigas que tanto la han añorado le animan a volver a la normalidad, a no encerrarse y permitirle a ese mal hombre, que desde la sombra, siga manejando su vida.

Poco a poco va sintiendo que ya no le ahoga el aire puro, aunque hasta que pierda el temor a volver a ser maltratada y acostumbrarse a no vivir subyugada, hay un largo camino a recorrer. No lo echa de menos pero sí le resulta extraño volver a quererse a sí misma. Los viernes se reúne con sus antiguas amigas, las de siempre en la cafetería “La esquina”. Al principio le costaba ser parte de la conversación, como si se sintiera todavía espectadora de su propia vida, pero los meses le están devolviendo la confianza y su terapeuta. Gracias a toda la ayuda recibida vuelve a ser la muchacha divertida que ameniza la tarde con algún chiste o anécdota que siempre exagera más de la cuenta, mientras decide si ya ha llegado el momento de volver al supermercado y tener el valor de preguntarle al chico de ojos claros, su salvador, si también es su admirador secreto.

Hoy es el día. Un vestido negro acentúa sus curvas y unos tacones de aguja vertiginosos le hacen sentirse femenina y dispuesta a comerse el mundo. Hombros rectos, pecho erguido y nalgas bien tersas. Camina sin titubear aunque nota como su corazón palpita desbocado por los nervios a que salga mal, al rechazo pero eso no puede detenerla, trata de convencerse.

Sus movimientos son naturales y seguros, nadie diría que por dentro Elisa es la misma mujer insegura, pero se acabó el vivir con miedo. “*Es mejor un rechazo que no intentarlo*”, rememora las palabras de su gran amiga Blanca. Se apoya en la caja ahora que ha terminado de atender la gran cola que compraba como siempre y se sienta en la caja de metal, cruza las piernas y lo mira fijamente a los ojos.

Él cree tener una visión del cielo. “¿Es Elisa? Sigue siendo igual de bonita que siempre, pero con menos maquillaje ahora que nadie le obliga a usarlo a montones, con una mirada limpia y feliz y esta vez sí ha reparado en mí como tantas veces he soñado. ¿Está aquí por mí? ¡Ojalá nadie me baje de esta nube!”, piensa mientras no puede dejar de mirarla a los ojos embobado.

—Moreno —lo llama con seguridad y se pregunta porque ni siquiera conoce su nombre. Aunque no se note, por dentro ella siente que está a punto de derrumbarse—, ¿crees que podríamos cambiar las notas por un café a las cuatro?

—Pensé que nunca ibas a preguntarlo —sonríe él socarronamente. Si nadie remediaba aquello, a él le faltaba poco para desmayarse de la impresión. La mujer que llevaba amando en silencio durante años, por la que pedía todas las noches para que la vida o un mal hombre no se la arrebatara, ahora le estaba invitando a un café.

—¿Me dirás tu nombre para que pueda soñar despierta? —Pregunta tragando saliva, todavía duda de dónde ha sacado tanto atrevimiento pero a partir de ahora quiere aprender a recuperar la confianza perdida, las ilusiones de amar y ser correspondida.

—Me llamo Raúl —vuelve a rozar su mano y mirándola a los ojos le dice—, puedes reservarme un café todos los días a las cuatro.

Se marcha satisfecha tras asentir con la cabeza a modo de respuesta. Feliz por lo receptivo que ha estado Raúl y por no haberse topado con más trabas y rechazos, pues quizás todavía no está preparada para soportarlo. Sale por la puerta y se encuentra a Blanca, su amiga y salvadora, pendiente de lo ocurrido. Y respira aliviada, cuando ella levanta sus pulgares en señal de aprobación y para admitir que ha estado muy bien.

Un tiempo después...

Han pasado varios meses desde que Elisa y Raúl, nerviosos como si fuera la primera cita de su vida, igual que quinceañeros enamorados, se encontraran en la cafetería. Él no sabía si ofrecerle una silla o sentarse sin más. Si debía pagar la cuenta o parecería machista por encargarse de todo.

Ella, ante el espejo se preguntaba si debía parecer que se arreglaba para su cita o ponerse unos vaqueros y una camiseta, como era habitual. Pero cuando se miraron por primera vez y Elisa agachó su cabeza avergonzada escondiendo una sonrisa que solo era para él, ambos supieron que no era necesario fingir ser otras personas. Ella no era la mujer fatal de esa mañana pero él la amaba con todas sus fuerzas, aunque fuera frágil e inocente a pesar de la dureza con que había sido tratada por aquel canalla. Y para Elisa, Raúl le había devuelto la ilusión, las ganas. Había conseguido en ella la fortaleza como para interponer una denuncia y no acceder a las súplicas de Luis.

Tras meses de cafés a solas, cenas en las que ambos se han ido conociendo a la perfección y él se anima a bromear y a hacer el ridículo para escuchar sus carcajadas, que le parecen el sonido ambiental más bonito del mundo, Elisa se siente lista. Su terapeuta le ha dado el visto bueno y ella ha soñado muchas veces con estar entre los brazos de Raúl.

Esta noche para él no tiene nada de especial, pero sí es su bálsamo para aguantar cualquier contratiempo y mal día en el trabajo el hecho de verla, charlar con ella y tenerla cerca del modo que sea. Dan un largo paseo que ninguno quiere que termine, cogidos de la mano, hablando de cualquier cosa que alargue la despedida y ambos sueñan con el futuro que pueda haber por delante para ellos, pero el tiempo no se detiene a pesar de que lo deseemos y frente a la casa de la madre de Elisa se funden en un beso apasionado. Raúl la sujeta por la cintura ciñéndola a su cuerpo con pasión y ella no se resiste, por el contrario disfruta de sus labios suaves, del beso posesivo que él le ofrece.

—¿Cuándo volveré a verte? —Quiere saber él entristecido porque su madre está muy enferma y cada vez tienen menos tiempo para dedicarse.

Elisa lo coge de la mano con cariño y una sonrisa enorme que no puede disimular.

—Quédate esta noche.

“Elisa, recuerda que Raúl es otra persona diferente. No tienes que temer ni recordar tus experiencias pasadas”, recuerda que la psicóloga le ha dicho esa misma tarde. Y ella intenta dejarse llevar y solo tener los ojos bien abiertos para que su cabeza no vuele a la tragedia. Enreda sus dedos entre el cabello oscuro de Raúl y él mirándole a los ojos, le dice:

—No tienes que hacerlo, puedo esperar lo que sea necesario, princesa.

La única respuesta que le da es colocar sobre su boca el dedo índice de su mano para callarlo. Abre la puerta de su casa y con él agarrado a su cintura camina hasta su habitación. Pequeña, humilde y con pocos adornos. Todo indica que no se ha sentido con ánimos y habla del largo tiempo que ella ha estado fuera.

Elisa se sienta en la cama y golpeando el colchón con la palma de su mano le invita a acompañarla. Raúl besa sus labios con ansiedad, está hambriento de ella desde hace tanto y a pesar de sus deseos sabe que no puede estropear el momento, para ella es importante y él haría lo que fuera por borrar las huellas de su pasado.

Sus dedos se pierden por el cuello de la chica lentamente, mientras le va prodigando por su oreja mordiscos suaves que le provocan suspiros y logran que se estremezca entera. Con sus dedos desliza los tirantes de su vestido, al mismo tiempo que reparte caricias por su cuello, clavícula y hombros. En pocos segundos la ropa cae al suelo y ella apenas se ha dado cuenta, perdida entre el deseo y los interminables besos que se apoderan de cada recoveco de su piel. Le permite a Raúl apoderarse de los gemidos que mueren en cada beso que él le roba y ella consiente deseando que no se separe nunca.

Se siente más mujer y ha descubierto que por cada bofetada él le va a devolver muchas más caricias, por cada insulto el destino le ha devuelto a la persona que los borre con halagos y promesas de amor. Y se abandona por completo a sus ganas de sentirse suya, pero no de su propiedad. Ella es una mujer libre, libre de amar y ser amada. Con la fuerza suficiente para tomar sus decisiones y dejar que otro hombre bueno le haga vibrar y alcanzar el éxtasis.

Se alegra en especial de haber vuelto de la oscuridad. Porque antes estaba muerta en vida y ahora; Elisa vive.

FIN

AGRADECIMIENTOS

La historia es cortita aunque a mí me ha resultado realmente intensa por el contenido, por el mensaje que da o que he querido tratar de dar como autora y es que se puede salir de una relación tóxica. Vivir de nuevo sin tener que estar manipulada y convertirte en esclava de la otra persona.

Muy especialmente, quiero dedicar este relato a las personas que han salido de algo tan duro como esto, creo que son merecedoras de un aplauso, o merecedores que también hay hombres pasándolo mal y no quiero olvidarme de ellos.

Gracias a Lorena Sampedro Barbero que me animó a escribir una novela con esto y he querido probar suerte con el relato primero a ver si gusta.

A Lizzie por haber leído la versión corta y por ser un gran apoyo. También a mi marido que siempre será la columna que me sustente cuando quiero tirar la toalla.

A Lo por la portada tan preciosa y por ser mi mitad más allá del charco. Te quiero.

A mi piña y mi cuadrado que son las mejores amigas que alguien puede tener.

Y gracias a ti, lector por escoger leer un relato que para mí significa mucho.

Por último, no quisiera dejar de dedicar a “Las chicas de los libros”, sobre todo Valeria y Silvia porque me han hecho perseguir mi sueño y han logrado hacerme sentir que luchar por ser escritora, a veces, vale la pena.

Y a Dora como homenaje por haber sido una gran persona, madre y amiga. Nunca te olvidaremos.